

BALTASAR DEL ALCAZAR.

SU MODO DE VIVIR EN LA VEJEZ.

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente.
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso,
Me dan asada y cocida

De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Después que cayendo viene
A dar en el mar hesperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su sér.

Luégo me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido;
Y así, de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo;
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

REDONDILLAS.

Esclava soy, pero cuyo
Eso no lo diré yo;
Que cuyo soy me mandó

Que no diga que soy suyo.
Cuyo soy jurado tiene
De ahorcarme si lo digo;
Libreme Dios de un castigo
Que á tales términos viene.
¿Yo horro, siendo de un cuyo
Tal cual quien me cautivó?
Bien librado estaba yo
Si dijera que soy suyo.
Ando á ganar para mí;
Mas no quiero libertad,
Que esto de mi soledad,
Por ser esclavo la di.
Harto he dicho; pero cuyo
Puedo yo ser, eso no;
Dígalo quien me mandó
Que no diga que soy suyo.
Púsome en el alma un clavo
Su dulce nombre y la ese,
Porque ninguno pudiese
Saber de quién soy esclavo.
Quien quisiere saber cuyo
Lea donde se escribió,
Y verá quién me mandó
Que no diga que soy suyo.
Quiero al fin decir quién es,
Si no me lo estorba el miedo.
Soy de Ines... ¡Perdido quedo!
Señores, no soy de Ines.
Burlando estaba en el cuyo.
¡Mal haya quien me engañó!
No estaba en mi seso, no,
Si he dicho que soy suyo.

CONSEJOS Á UNA VIUDA.

Deja el llanto y la tristeza,
Gloria de las Isabeles,
Que son verdugos crueles
De tus años y belleza.
La pérdida del marido
Considera que pasó,
Y el pasar no reparó
Cosa de lo ya perdido;
Y sustentar la herida
Siempre abierta del dolor
No promete bien mayor
Del que le das á tu vida;
Porque la tienen de suerte
Tus lágrimas y crueldad,
Que la luz de tu beldad
Se ha vuelto sombra de muerte.
Si quieres ver manifiesto
El ciego error en que estás,
Toma el espejo y verás
El estado en que te ha puesto;
Porque visto el daño, espero,
Compadecida de tí,
Que recibirás de mí
Lo que aconsejarte quiero.
Deja el triste luto aparte,
Pon los alegres doseles,
Y arma la cama en que sueles
Con tu Adónis recrearte.
Ardan los ricos pebetes
Que en tus regalos consumes,
Y usa de nuevos pertumes,
Y de varios ramilletes.

Cubre de perlas el cuello;
Da lustre á la tez hermosa,
Cobra tu color de rosa
Y esparce al viento el cabello.

Ponte la rica cintura
Con los curiosos zarcillos;
Los brazaletes y anillos
Adornen tu hermosura.

Haz ventana para ver
Los rayos desocupados,
Desvanece á los mirados
Si lo merecieren ser.

Tus ojos cojan y lleven
Las banderas y despojos
De las almas, y los ojos
De los que á verte se atreven.

La arpa ya olvidada encuerda,
Tañe y canta letra mia,
Pues que tu dulce armonía
Con la del cielo concuerda.

Bebe clarete, que quita
Melancolías y alegría;
Di luego mal de tu suegra,
Y ande la risa y la grita.

Recibe á brazos abiertos
Cualquier placer que viniere;
Si Vénus algo pidiere,
No te acuerdes de los muertos;

Porque en cualquiera razon
Que madama se declara,
Más vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazon.

Tus afligidas doncellas,
Que ya no serlo desean,
Ten por bien que no lo sean;

Serás adorada de ellas.

Y en satisfaccion y á cuenta
De un hecho tan cortesano,
Te darán ripio á la mano
Para que vivas contenta.

Ande pues tu planta bella
Siempre verde y regalada,
De contentos cultivada
Por el fruto que habrás della;

Y así vivirás ufana
Largo tiempo, y al fin dél
Podrás usar, Isabel,
El oficio de Diana.

UN CARDENAL VALIENTE.

Estando las escuadrones
Florentinos y romanos,
De indinados corazones,
Para venir á las manos
Por sus antiguas pasiones,

Iba el cardenal de España
Rodeando la campaña,
Y animando á sus soldados
Que entrasen determinados
En la militar hazaña,

Diciéndoles: «Ea, señores,
Pelead como debeis,
Pues en todo sois mejores,
Y tantas veces habeis
Vencido trances mayores.

»La deseada victoria,
Que esperais, ya es conocida;

No teneis por qué dudalla:
Los muertos en la batalla
Vais á cenar á la gloria.»

Y oyendo el rumor vecino,
Echóles la bendicion,
Y en un caballo sabino,
Hijo de padre frison,
Tomó de Roma el camino.

Viendo los soldados esto,
Que era indicio manifesto
Que iba el Cardenal huyendo,
Dábanle voces, diciendo:
«Monseñor, no os vais tan presto;

»Ya los enemigos vienen,
La bélica tropa suena
Para que todos se ordenen;
Hallaros heis á la cena
Que aderezada nos tienen.»

El respondió sin parar:
«Yo holgara de quedar,
Aunque de camino voy,
Por daros gusto; más hoy
He dispuesto no cenar.»

UNA CENA.

En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.

Tenia este caballero
Un criado portuges.....
Pero cenemos, Ines,

Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto,
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota,
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
Mas ya..... de la del Castillo;
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios, que no lo sé,
Pero delicada fué
La invencion de la taberna;

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de la nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y voyme contento.

Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicon
Hizo fin; ¿qué viene ahora?

La morcilla, ¡gran señora,
Digna de veneracion!
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué traves y envidia tiene!
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.
Pues sús, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino.
No echas agua, Ines, al vino;
No se escandalice el vientre.
Hecha de lo tras añejo,
Porque con más gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabía, mi consejo.
Mas di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de pichones!
Morcillas de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer; no sé de tí,
¿Cómo te va? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles.
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,

Alto licor celestial:
No es el aloquillo tal
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla ya entrando,
Y ambos vienen preguntando,
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles.
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya que, Ines, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermana,
Que el portuges cayó enfermo.....
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

CUENTO.

Oyeme, así Dios te guarde,
Que te quiero, Ines, contar
Un cuento bien de gustar

Que me sucedió esta tarde:

Has de saber que un frances
Pasó vendiendo calderas;
Estáme atenta, no quieras
Que lo cuente en balde, Ines.

Llamélo, y desque me vido.....

Escúchame con reposo,
Que es el cuento más donoso
De cuantos habrás oido.

Díjete: «Amigo, á contento,
¿Cuánto por esta caldera.....?»
¿No me escuchas? Pues yo muera
Sin ólio si te lo cuento.

EPÍGRAMAS.

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razon,
Ya se sabe, Ines, que son
De plata sobredorados;
Pues querrás que se celebre
Por verdad lo que no es:
Dar plata por oro, Inés,
Es vender gato por liebre.

Si el enviudar os conviene,
Compadre, no es tan barato
Como pensais ese rato,
Porque la rapaza tiene
Mas alma que tiene un gato;
Pero dejadla vivir
A sus anchas, y no dudo

Que os veréis presto cornudo;
No acerté; quise decir
Que os veréis presto viúdo.

—
No es delito, contra el Papa
Que os riais, señor Centeno;
Pero no tengo por bueno
Que se ria vuestra capa.

Y si ropero que os fie
Otra capa no teneis,
Mejor será que lloreis
Cuando la capa se rie.

—
Entraron en una danza
Doña Costanza y don Juan;
Cayó danzando el galan,
Pero no Doña Costanza.
De la gente cortesana
Que lo vió, quedó juzgado
Que don Juan era pesado,
Doña Costanza liviana.

CUATRO PALABRAS DEL COLECTOR

Á LOS LECTORES.

En el siglo xvi experimentó la poesía castellana una verdadera revolucion. Cambió de ritmo: dejó el suyo por el de Italia. A los metros usados por Jorge Manrique y Juan de Mena, sustituyó los del Petrarca. Modificó tambien su símbolo: estudió en los poetas latinos y griegos, los imitó y hasta les tomó los dioses. Habria aquí indudablemente naufragado á no estar tan vivo en España el sentimiento religioso, que en las grandes ocasiones la arrancó del antiguo Olimpo y le dió por fuente de inspiracion el cielo del Cristianismo, por modelo ya las sencillas y sublimes páginas del Evangelio, ya los vigorosos y levantados cantos de los Profetas.

Esta revolucion, iniciada principalmente por Garcilaso, daba á la poesía castellana variedad, soltura, grandeza; pero le quitaba en cambio la espontaneidad y el carácter que hasta entónces habia tenido. Suscitó, como era natural, enérgicas protestas; y aunque al fin prevale-

— 185 —

ció, merced á la corriente de los sucesos que llevaban á las letras como á las artes al Renacimiento, y merced tambien al talento de los que la realizaron; no tanto, que no quedase en pié la vieja escuela, ni dejase de ejercer influencia así en algunos de los reformadores como en la marcha general de nuestra literatura. No sólo subsistieron las dos escuelas, sino que á la larga vinieron á compenetrarse y en cierto modo á refundirse.

Por esto hemos concedido en esta colección tan ancho espacio á las poesías de Cristóbal del Castillejo, que fué el que más brillantemente protestó contra la reforma. Castillejo procuró conservar y conservó en toda su pureza el metro, la donosura, el gracejo, la originalidad de los poetas del siglo xv; y no habríamos considerado completa ni aún racional la colección, si por la reproduccion de sus obras y las de otros que le siguieron no hubiésemos dado á conocer las dos tendencias y las dos escuelas.

Castillejo no se limitó á oponer poesías á poesías para combatir á los reformadores atacó directamente la reforma, lamentando que por un ritmo extranjero

se abandonase el propio. Como la lucha era sin duda alguna de interes, terminamos esta coleccion por transcribir parte de una de las composiciones en que la sostuvo, seguros de que no lo han de llevar á mal nuestros lectores, cualquiera que sea la escuela por que se decidan.

Decia Castillejo:

Pues la Santa Inquisicion
Suele ser tan diligente
En castigar con razon
Cualquier secta y opinion
Levantada nuevamente,
Resucítese Lucero
A corregir en España
Una muy nueva y extraña
Como aquella de Lutero
En las partes de Alemania.

Bien se pueden castigar
A cuenta de anabaptistas,
Pues por ley particular
Se tornan á bautizar
Y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fe
De las trovas castellanias,
Y tras las italianas
Se pierden, diciendo que
Son más ricas y galanas.

El juicio de lo cual
Yo lo dejo á quien más sabe,
Pero juzgar nadie mal

De su patria natural
En gentileza no cabe;
Y aquella cristiana musa
Del famoso Juan de Mena,
Sintiendo desto gran pena,
Por infieles los acusa
Y de alevos los condena.

.....
Dios dé su gloria á Boscan
Y á Garcilaso, poeta,
Que con no pequeño afan
Y con estilo galan
Sostuvieron esta seta,
Y la dejaron acá
Ya sembrada entre la gente;
Por lo cual debidamente
Les vino lo que dirá
Este soneto siguiente:

Garcilaso y Boscan, siendo llegados
Al lugar donde están los trovadores
Que en esta nuestra lengua y sus primo-
Fueron en este siglo señalados; [res,
Los unos á los otros alterados
Se miran, demudadas las colores,
Temiéndose que fuesen corredores
O espías ó enemigos demandados;
Y juzgando primero por el traje,
Pareciéronles ser, como debia,
Gentiles españoles caballeros;
Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje,
Mezclado de extranjera poesia,
Con ojos los miraban de extranjeros.

Mas ellos, caso que estaban
Sin favor y tan á solas,
Contra todos se mostraban,
Y claramente burlaban
De las coplas españolas.

.....
Viéndoles que presumian
Tanto de la nueva ciencia,
Dijéronles que querian
De aquello que referian
Ver algo por experiencia;
Para prueba de lo cual,
Por muestra del novel uso,
Cada cual de ellos compuso
Una rima en especial
Cual se escribe aquí de yuso.

SONETO DE BOSCAN.

Si las penas que dais son verdaderas,
Como muy bien lo sabe el alma mia,
¿Por qué ya no me acaban y sería
Sin ellas mi morir muy más de véras?
Mas si por dicha son tan lisonjeras,
Que quieren retozar con mi alegría,
Decid, ¿por qué me matan cada dia
Con muerte de dolor de mil maneras?
Mostradme este secreto ya, señora,
Y sepa yo de vos, pues por vos muero,
Si aquesto que padezco es muerte ó vida;
Porque, siéndome vos la matadora,
Mayor gloria de pena ya no quiero
Que poder yo tener tal homicida.

OCTAVA RIMA DE GARCILASO.

Y ya que mis tormentos son forzados,
Aunque vienen sin fuerza consentidos,
Pues ¿qué mayor alivio á mis cuidados
Que ser por vuestra causa padecidos?
Si, como son por vos bien empleados,
De vos fuesen, señora, conocidos,
La más crecida angustia de mi pena
Sería de descanso y gloria llena.

Juan de Mena, como oyó
La nueva trova polida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida,
Y dijo: «Segun la prueba,
Once sílabas por pié
No hallo causa por qué
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo mismo las usé.»

Don Jorge dijo: «No veo
Necesidad ni razon
De vestir nuestro deseo
De coplas que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova, á la verdad,
Por el contrario, denota
Oscura prolijidad.»

Garci-Sanchez se mostró
Estar con alguna saña,
Y dijo: «No cumple, no,

Al que en España nació
Valerse de tierra extraña;
Porque en solas mis *lecciones*
Miradas bien sus estancias,
Veréis tales consonancias,
Que Petrarca y sus canciones
Queda atras en elegancias.

Cartagena dijo luégo,
Como práctico en amores:
«Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores:
Muy mal entonadas son
Estas trovas, á mi ver,
Enfadosas de leer
Y tardas de relacion,
Y enemigas de placer.»

Torres dijo: «Si yo viera
Que la lengua castellana
Sonetos de mí sufriera,
Fácilmente los hiciera,
Pues los hice en la romana;
Pero ningun sabor tomo
En coplas tan altaneras,
Escritas siempre de véras,
Que corren con piés de plomo,
Muy pesadas de caderas.»

Al cabo de conclusiones
Fué que por buena crianza
Y por honrar la nacion
De parte de la invencion
Sean dignas de alabanza.
Y para que á todos fuese
Manifiesto este favor,
Se dió cargo á un trovador

Que aquí debajo escribiese
Un soneto en su loor.

SONETO.

Musas italianas y latinas,
Gentes en estas partes tan extraña,
¿Cómo habeis venido á nuestra España,
Tan nuevas y hermosas clavellinas?
O ¿quién os ha traído á ser vecinas
Del Tajo y de sus montes y campaña?
O ¿quién es el que os guía y acompaña
De tierras tan ajenas peregrinas?—
Don Diego de Mendoza y Garcilaso
Nos trujeron, y Boscan y Luis de Haro
Por orden y favor del Dios Apolo:
Los dos llevó la muerte paso á paso,
El otro Soliman; y por amparo
Sólo queda Don Diego, y basta solo

FIN.

INDICE.

	<i>Páginas.</i>
Garcilaso de la Vega.....	5
Fray Luis de Leon.....	35
San Juan de la Cruz.....	52
Fernando de Herrera.....	62
Don Juan de Arguijo.....	83
Francisco Medrano.....	90
Pablo de Céspedes.....	94
Gutierre de Cetina.....	114
Luis Martin.....	115
Baltasar de Escobar.....	117
Soto.....	118
Gaspar Gil Polo.....	119
Santa Teresa de Jesus.....	126
Diego Hurtado de Mendoza.....	131
Cristóbal de Castillejo.....	141
Baltasar del Alcázar.....	172
• Cuatro palabras del Colector á los lectores.....	184

BIBLIOTECA UNIVERSAL